

# EDITORIAL

Desde el mismo surgimiento de la especie humana, el hombre y la mujer han estado relacionados con las plantas y animales y con sus ciclos biológicos, pasando por un proceso de asociaciones que van desde la fase de caza, pesca y recolección, con el desplazamiento de sus poblaciones, por grandes distancias, en una vida nómada. Con el devenir de los milenios, paulatinamente se desarrolló la agricultura, con la siembra, y una relación tan estrechamente mutualista entre el ser humano y las semillas, que el uno sin el otro no podría sobrevivir. También se fue incrementando la vinculación con un territorio, con su ambiente y su clima, con el establecimiento de sus poblaciones en localidades permanentes. Esta herencia milenaria de la agricultura se fundamenta en el alimento como sustento, cargado de sagrado respeto a la tierra, a los animales y a las plantas. Con esta cosmovisión de la agricultura, no se afecta en mayor medida el ambiente, permitiendo su recuperación y sustentabilidad.

En este proceso de desarrollo de la agricultura, el rol de la mujer como cuidadora de la siembra y protectora de sus semillas, se suma a su visión integral del ser que brota, sustenta y cuida la vida, porque en muchos pueblos originarios, han sido, y siguen siendo, las responsables de la siembra y cuidados de los cultivos, de manera que mucho le debemos a las mujeres originarias, y sus descendientes campesinas. En este marco de ideas Venezuela sigue cumpliendo con los Objetivos del Milenio incorporando a la mujer venezolana a la actividad socioproductiva y muy especialmente en los espacios de la Agricultura Familiar.

Este ha sido el origen de nuestra agricultura familiar, su sentido e importancia, en el espacio entre las viviendas, compañera permanente de la familia y que realmente genera mayor diversidad de alimentos durante todo el período del año. Esta interrelación hogar, familia y agricultura permanente, la convierte en una escuela cercana, necesaria, abierta y popular, sustentadora de vida.

La agricultura familiar, con todo su sentido originario y sustentador, cobra mucha importancia en la actualidad, cuando se ha venido imponiendo el modelo hegemónico de la agroindustria, con la visión rentista, que excluye las familias campesinas e indígenas de la tierra, reemplazados por maquinarias, procurando, sin embargo apoderarse de las semillas, herencia ancestral, para transformarlas en semillas híbridas y transgénicas, “semillas mulas”, a las que se le han quitado la facultad de multiplicarse. Sus patentes comerciales, legalizan el robo. Este modelo agroindustrial ha generado unos 842 millones de personas que sufren de hambre en el mundo, aunque la producción actual supera ampliamente los requerido por la población mundial, representa una de las mayores amenazas al equilibrio ambiental, al explotar la tierra, envenenándola, arrebatañdole la vida y desertificando los suelos.

La FAO ha dedicado el año 2014 el año internacional de la agricultura familiar. Pero un año pasa y la vida continúa, por ello debemos darle el significado y la importancia transcendental que tiene la agricultura familiar para la vida humana y la vida sobre la tierra, que no es otra cosa que la agricultura de los pueblos, representando el 98 % de los espacios agrícolas del mundo, que tienen la fuerza de las multitudes, escenario esencial donde se están librando las luchas cotidianas por salvar la vida en el planeta.

Año de la Juventud Bicentenario

“No podemos optar entre vencer o morir ...necesario es vencer”

NELSON DÍAZ